

# Dignidad y norma de la conciencia moral cristiana

BENJAMÍN FORCANO

## DIGNIDAD DE LA CONCIENCIA MORAL

Sería interesante, como camino previo para entender la dignidad de la conciencia moral, determinar en qué consiste la dignidad de la persona humana. Porque es claro que de la dignidad de la persona deriva la dignidad de la conciencia.

El Concilio Vaticano II así lo reconoce:

«Por razón de su *dignidad*, todos los hombres, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, son impulsados por su propia naturaleza a buscar la verdad, y además tienen la obligación moral de buscarla, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a orientar toda su vida según las exigencias de la verdad.» (Declaración *Dignitatis humanae*, núm. 2.)

Y en otra parte dice:

«La *dignidad humana* requiere que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa.» (Constitución *Gaudium et Spes*, núm. 17.)

El hombre, por el mismo hecho de ser hombre, nace constituido con una ley que le impulsa a buscar la verdad y a adherirse al bien. Este impulso brota

espontáneamente de su naturaleza y se halla establecido como algo ineliminable en el fondo de cada ser humano. Cada persona se siente dotada y requerida para vivir en apertura al mundo, en comunión con los demás y someterse a ellos reconocidamente en cuanto portadores de bien y de verdad. La apertura al otro y el reconocimiento de lo que es, se impone a la persona como algo inmediato y absoluto. El ser persona implica esta condición y dignidad fundamental.

La naturalidad y universalidad de esta ley se traduce en un imperativo concreto: haz esto, evita aquello; practica el bien, evita el mal. Lo cual se sintetiza en el único mandato de no ofender a Dios y de amarle, lo que equivale a no ofender al prójimo y amarle, pues según Santo Tomás: «Dios no es ofendido por nosotros, sino cuando obramos contra nuestro bien» (*Summa C. Gent.* III, 122).

Esta ley de «amar al prójimo», connaturalizada en cada persona, se le manifiesta inexorablemente a través de la conciencia. Y tan obvia e indeclinable es su voz que el hombre, si quiere mantener su dignidad, tiene que obedecerla necesariamente:

«En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer» (*Gaudium et spes*, núm. 16).

«El hombre tiene una ley escrita en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana» (*Idem*, 16).

## ALGUNOS ASALTOS CONTRA LA DIGNIDAD DE LA CONCIENCIA MORAL

La moral, cimentada sobre la dignidad de la persona, no puede ser una moral *extrinsecista* en el sentido de recabar su fuerza vinculante desde una fuerza exterior e impositiva:

### 1. No al moralismo voluntarista

La dignidad de la conciencia no se construye desde los dictados de una voluntad que pretendiera, arbitraria o impositivamente, establecer lo que es bueno o lo que es malo. El contenido sobre el que se aplica la conciencia humana es el ámbito de la realidad, a la que se abre y reconoce.

El legislador —o la autoridad en cuanto promulgadora y garante de la ley— es simple anunciador de lo que, con anterioridad a él, la persona humana puede conocer y practicar. No vale el adagio nominalista: «Esto es bueno porque está mandado», «Esto es malo porque está prohibido». La formula-

ción correcta es la contraria: «Esto, *porque es bueno* está mandado y *porque es malo* está prohibido».

## 2. No al moralismo legalista

La dignidad de la conciencia no se construye desde los dictados de una ley arbitraria o absoluta. Porque la ley, si es verdadera, nunca es extraña al sujeto, ni se la presenta sin explicar su fundamento y valores, ni aparece en la vida como un absoluto, aislado e inderogable. La persona humana, fiel a su dignidad, tiene derecho a analizar lo que se le propone, a sopesar las razones y la fuerza de un mandato, a elegir entre unas y otras leyes cuando son muchas las que, a un mismo tiempo, se le ofrecen y no puede salvaguardarlas todas conjuntamente.

Una ejecución mecánica y literal de la ley podría encubrir una abdicación de la propia responsabilidad y amparar situaciones de injusticia y privilegio contrarias a la razón.

Una mala interpretación de la tradición y un mal respeto del pasado tienen apoyo en un talante más bien instintivo que reflexivo. Los individuos conservadores son, por lo común, sujetos que obran bastante maquinalmente, con la vista puesta atrás, en lo de siempre, que les ha gustado obedecer siempre a la primera y que, carentes de creatividad e invención personales, temen lo nuevo y lo ahuyentan por simple contraste.

## 3. No al moralismo elitista

La dignidad de la conciencia no se promueve ni se asegura desde los dictados de una aristocracia social, sea cual fuere el título o nombre que adopte. Sobre el hecho fundamental de la desigualdad —dogma indiscutido para estas élites— les ha sido fácil afirmar que las mayorías (el pueblo), por su inferioridad y rudeza, resultaban ineptas para descubrir y seguir el camino del bien.

Quizá, en lo más hondo de este agravio a la dignidad de la conciencia, puede descubrirse una forma de conocer la realidad que sirve al poder y la dominación. Tal como escribe J. Gevaert:

«Existe un pensamiento objetivamente, orientado sobre todo a las cosas, que intenta explicar causalmente sus aspectos y sus concatenaciones, con el propósito fundamental de dominarlas, de reducirlas al tener... Esta forma de conocer y de verdad está dominada por la voluntad de poder. Conocer es un camino para dominar y someter. Conocimiento es poder. El hombre que vive en el mundo tiene indudablemente necesidad

de conocer los determinismos y los mecanismos de la naturaleza y de la sociedad. En la medida en que progresan sus conocimientos, va resultando más fácil afirmar y extender el poder humano. El ideal absoluto —irrealizable— de este pensamiento es la explicación total y exhaustiva del universo material y cultural. Una explicación total permitiría también un dominio total y absoluto...

Y existe también un pensamiento acogedor, orientado a las personas y al misterio del ser que en ellas se manifiesta... Este pensamiento es la contrapartida de la voluntad del poder. Es el pensamiento acogedor que venera el misterio del ser, reconociéndolo, abriéndose a su llamada, aceptándolo con gratitud. No se trata ya de conocer para dominar, sino de conocer para amar, para adorar, para dejar ser» (*El problema del hombre, Sígueme*, Madrid 1981, 171-172).

Sobre pocos temas aparecerá tan claro y contundente como sobre éste el pensamiento de Jesús.

Por una parte, denuncia el hecho tan notorio en su sociedad: había gente que buscaba los primeros puestos, que anhelaba el saludo público y el tratamiento de «rabbí» (Mt 23, 6).

Al igual que los grandes que «oprimen a las naciones con su poder» (Mt 1, 42), éstos también ejercen un poder opresor atribuyéndose en exclusiva «la llave de la ciencia» (Lc 11, 52).

La sentencia de Jesús es fluminante: «Por fuera aparecen justos ante los hombres, pero por dentro están llenos de hipocresía e iniquidad» (Mt 23, 28). «Son ciegos que guían a ciegos» (Mt 15, 14).

Muy otra es su visión de las cosas: «Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt 11, 25). Puesto que, según Jesús, «nadie es bueno sino sólo Dios» (Lc 18, 19), y, para los hombres, no hay más que un solo Maestro y un solo Padre (Mt 23, 8), todos ellos habrán de tenerse como hermanos: «Todos vosotros sois hermanos» (Mt 23, 8) y, en todo caso, quien aspire a ser el mayor y el primero deberá ser el servidor y el esclavo de todos (Mc 10, 43-44).

#### 4. No al moralismo dualista

Otra de las heridas que ha tenido que sufrir la conciencia humana, albergándola con permanente desazón, ha sido la de pretender entablar dentro de ella una absurda rivalidad entre Dios y el hombre. Esta rivalidad ha revestido innumerables connotaciones.

El Vaticano II ha señalado no pocas de ellas:

«El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (GS, 43).

«Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales» (GS, 43).

«Son de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer oposición entre la ciencia y la fe» (GS, 36).

«Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio» (GS, 19).

«En la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el rostro de Dios y de la religión» (GS, 19).

La contraposición entre Dios y el hombre ha supuesto la desfiguración de uno y otro y el planteamiento —nada acertado— de las relaciones entre ambos. Históricamente, ha sido éste un enfoque que ha marcado muy negativamente la conciencia cristiana. Tal como escribo en otra parte, este problema

«se ha organizado sobre el binomio Dios-mundo, considerando a Aquél como el Absoluto, el único bien consistente, el único bien digno de ser estimado y el otro como bien relativo, frágil, sólo para ser usado lo menos posible.

La caducidad radical del mundo, que no maldad, es lo que hace que no deba ser tenido en cuenta, por lo menos como bien digno y valioso, puesto que al final acaba perdiéndose.

Así, el cristiano sabio y perfecto no se deja seducir por la apariencia y atractivo del mundo presente, no se agrega a él para no correr al final desengaño.

La idea central de este tipo de perfección es que hay que dirigirlo todo a Dios y entregarlo sólo a El. Pues El solo dura, no decepciona, otorga la libertad y colma todas las aspiraciones.

Tal visión excluye la creación y la historia como campo directo de santificación. La santidad es posible en tanto en cuanto uno se une directamente a Dios con la intención, con el deseo, con la contemplación, con el apartamiento del mundo, con el desprendimiento de todos los bienes, con la soledad.

Mientras se vive no se puede dejar de vivir en este mundo, pero el ideal es aspirar a vivir como si ya uno estuviera fuera de él, desinstalado, peregrino, desprendido.

El dualismo llega a convertirse prácticamente en monismo, en cuanto el mundo deja de tener valor y consistencia propia, no interesa en sus obras y evolución, se lo considera simplemente como un campo de experimentación, donde el cristiano tiene que probar su capacidad de vivir para sólo Dios, mostrándose prácticamente muerto para el mundo» (*Una moral liberadora*, Narcea, Madrid 1981, 75).

## ¿DONDE SE SITUA EL VERDADERO PROBLEMA?

La obediencia a la voz de la propia conciencia es condición indispensable para mantener la propia dignidad. Precisamente porque a todo el mundo se le presenta la evidencia del deber —lo que debe hacer o lo que debe evitar— como un absoluto. Otra cosa es que, luego, en situaciones complejas, sea difícil discernir y concretar ese deber. Pero la actitud primera, inmediata, existe, inclina al sujeto y trata de comprometerlo.

A mi modo de ver, esta fidelidad a sí mismo, a lo que uno percibe y cree que es lo bueno y verdadero, constituye un criterio básico para garantizar la autenticidad de una moral individual pública.

Esto no obsta para que, en medio de la evolución de los pueblos, surjan configuraciones diversas de la moral: ideas, actitudes, costumbres y acciones incluso contrapuestas.

Entonces, creo que el problema versa no tanto sobre si cada sujeto concreto y cada pueblo es fiel a la voz de su conciencia, cuanto sobre cómo explicar la pluralidad de estilos y concepciones frente al hecho común de una conciencia humana, radicada en todos y en cada uno a través de una misma naturaleza.

Claro que esto sugiere otra cuestión y es la siguiente: ¿La dignidad de la conciencia se pierde o se degrada porque ella misma —individualmente— experimente una evolución y hasta un cambio? ¿Ocurre otro tanto cuando nos encontramos en la sociedad con criterios y conductas morales contrapuestas?

M. Nédoncelle escribe:

«La autoridad de la conciencia aparece salvaguardada siempre en su principio, que es precisamente la subsistencia del bien, o la infalibilidad religiosa del deber. De este principio o fuente surgirá una norma objetiva que será la no-contradicción y una norma subjetiva que será la sinceridad: las dos, bien entendidas, no forman más que una. Un código

de moral práctica puede oscilar a la derecha o la izquierda, dejar al juicio individual la posibilidad de sumergirse en la determinación contingente; pero no puede llegar a una contradicción propiamente dicha, sea entre la aspiración central y los preceptos particulares, sea entre los preceptos mismos. Se requiere, por el contrario, que una misma intención atraviese el conjunto y desarrolle entre las regiones morales una tendencia que asegure la especificidad de cada una de ellas, pero que, al mismo tiempo, reduzca al máximo sus oposiciones de hecho o la ausencia de relaciones aparentes entre ellas.»

A continuación mismo de estas frases se pregunta Nédoncelle si no existirá un criterio más preciso y que, de cara a la acción concreta, sea mejor. Se responde:

«El criterio a seguir no es solamente la no-contradicción o la sinceridad: es ante todo y sobre todo el ser fiel a la línea de la ipseidad verdadera. Una conciencia que se empeñe en coincidir con lo que ella tiene de más profundamente personal y en renunciar a todas las alienaciones está en condiciones de ser justa incluso en los campos que exceden la acción individual y que exigen informaciones o técnicas económicas, jurídicas, políticas, etc.» (M. Nédoncelle, «L'autorité de la conscience», en *Problèmes de L'autorité*, París 1962, Du Cerf, 231-232).

Sin duda los dos criterios aducidos por Nédoncelle —sinceridad y fidelidad a la ipseidad verdadera— están seguramente a la base de cualquier código de moral práctica y, acaso, están también en el centro de cada persona concreta. Pero tales criterios tienen que enfrentarse con el hecho normal y escandaloso de conductas morales históricamente muy divergentes.

Por evidenciar el problema, y por llevarlo a lo que creo es su raíz, señalo algunos ejemplos que pueden entresacarse, sin muchas dificultades, del interior mismo de la conciencia eclesial.

1. Los primeros cristianos, conformes con el Evangelio, adoptaron una postura antibelicista, negándose a prestar servicio a la guerra. Esta postura, convertida en objeción generalizada, se vio posteriormente restringida, llegando a ser considerada como claudicación y delito.
2. La radical exigencia evangélica de fraternidad, de paz, de amor incluso al enemigo, de devolver bien por mal, no evitó el que a los herejes se los persiguiera y torturase, ni evitó la legitimación de la pena de muerte, ni el que la Iglesia cediera a la violencia y se inmiscuyera en los intereses y razones de Estado que hacían posible la guerra.
3. La comunidad de bienes ha sido tenida, enseñada y urgida por el Evangelio, los Santos Padres y los teólogos como un derecho natural, en tanto que la propiedad privada siempre fue considerada

como derecho humano positivo, secundario, casi forzado. Sólo a partir del siglo pasado, a la propiedad privada se la presenta como un derecho natural por excelencia, sagrado, casi intocable. Aquél se olvidó y éste se ensalzó.

4. En el magisterio de la Iglesia se encuentran enseñanzas como las siguientes:
  - La Iglesia no necesita restauración ni reforma, por no encontrarse en ella defecto alguno.
  - Resulta absurdo y condenable defender la libertad de conciencia y de cultos.
  - Es de ley natural y conforme a la voluntad divina la división de clases de la sociedad.
  - El pueblo no tiene más derecho que el dejarse conducir y seguir fielmente a sus pastores.
  - Resulta incompatible ser socialista y cristiano.
  - El matrimonio se define como una comunidad para procrear.

El Concilio Vaticano II ha modificado estos puntos de vista, afirmando cosas casi contrarias. Explícitamente enseña que la Iglesia debe avanzar constantemente por la senda de la penitencia y de la renovación; que el hombre tiene derecho a la libertad religiosa; que resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades sociales y económicas por ser contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona y a la paz nacional e internacional; que el sujeto de la Iglesia es el pueblo de Dios y que, como a tal, le competen derechos y responsabilidades propias; que la comunidad política puede organizar su estructura social y política según modalidades diversas; que el matrimonio hay que entenderlo como una «comunidad íntima de vida y amor».

Precisamente en nuestros días nos encontramos con que la tensión es todavía fuerte dentro de la Iglesia debido a la diferencia y oposición de mentalidades. Personas, grupos y movimientos que se remiten por igual al Evangelio, a una misma norma objetiva, se encuentran distanciados y aun enfrentados. Y, por supuesto, cada cual afirma estar en la verdad, proceder con rectitud y poseer la recta interpretación.

Y creo que este hecho nos remite a lo que de verdad constituye el problema: el conflicto de conciencia, cuando es serio, es de conciencia colectiva. Pero, a su vez, el conflicto de conciencia colectiva es conflicto de mentalidades. Y el conflicto de mentalidades se sustenta en épocas, presupuestos, motivaciones, intereses y opciones diversas.

## REALISMO Y PROSPECCION FUTURA DEL PROBLEMA

El camino para llegar a crear condiciones objetivas que permitan que cada persona sea sincera consigo misma y fiel a lo más profundo de sí, pasa por el análisis y perfeccionamiento de la conciencia moral colectiva. Y esto por muy sencillas razones: 1.<sup>a</sup> Porque no hay conciencia moral sin referencia a un modelo de moralidad. Pero la moralidad más que el sujeto concreto la crea, detenta y transmite la comunidad. Es la comunidad la que, por años y secretamente, va asimilando y consolidando un determinado modelo de moralidad. 2.<sup>a</sup> Porque los individuos, en su quehacer moral, se identifican con el modelo moral dominante. Son pocos los que descubren los anacronismos y fallos de la moral establecida y presionan hacia otros horizontes y exigencias. Más que innovadores somos reproductores. 3.<sup>a</sup> Porque la quiebra de un modelo de moralidad no es un fenómeno de puro azar, sino de hondas razones. Como tal, puede servir para provocar un cambio o un endurecimiento. Normalmente, el paso hacia adelante o hacia atrás, hacia una u otra imagen de la verdad, lo hará el individuo guiado por la comunidad. Hacia adelante apoyado por los desfavorecidos o por los maltratados del sistema anterior y por los que abrigan un sentido mayor de justicia, y hacia atrás por los beneficiados o los mediocres.

Todo esto quiere decir que el nivel de fidelidad a sí mismo, de elevar o no la dignidad de la conciencia individual, va a depender enormemente de la posibilidad de crear un modelo de moralidad que fomente y encarne los valores genuinamente humanos.

En este intento, hay que contar necesariamente con el *conflicto*. El conflicto va a ser ya, en nuestra convivencia, el nuevo valor.

Donde haya personas hay siempre esperanza de llegar a una convivencia más igualitaria. Pero esto a condición de que unos y otros pudan opinar, discutir, disentir, aportar, corregir, recibir. Transcribo aquí lo que, a este respecto, he escrito:

«Sólo un dictador, un necio o un loco se creen dueños del mundo, es decir, solos. Y sólo ellos se creen con el derecho omnímodo a proceder sin contar con los demás. El autoritario, el fanático, el dogmático, el autosuficiente elude el conflicto, no quiere discusión, no quiere crítica, no quiere oposición; quiere sumisión, plegamiento, admiración, servilismo. En el fondo, porque se ha colocado él en el centro de la existencia, con un narcisismo absorbente, anulador, en que los demás no cuentan sino en cuanto están referidos a él o le adoran. Todo porque él se cree superior, único, excepcional, porque rechaza la igualdad.

La afirmación de la desigualdad no se hace sino porque se pretende, de la manera que sea, ser más que el otro, y para ello hay que rebajarlo,

disminuirlo, dominarlo, hacerlo desaparecer si preciso fuera» (*Nueva ética sexual*, Madrid 1981, Paulinas, 295).

La convivencia humana avanza, creo, hacia un acuerdo ético cada vez más objetivo y universal. Y esto a base de compaginar la sinceridad y fidelidad a sí mismo, con el confrontamiento serio y honrado de las diversas morales existentes.

Nadie niega la inevitabilidad y legitimidad de contenidos éticos diversos. Pero nadie niega tampoco, junto a la creciente unificación técnica, comercial, geográfica de los pueblos, la posibilidad y necesidad de una unificación en el orden ético.

A tal efecto, los hombres no tenemos más camino ni método que profesar la igualdad de todos, la parcialidad en nuestra posesión de la verdad, la confianza mutua, el respeto, la discusión y el razonamiento, el diálogo.

Este es, por lo menos, el camino señalado por el Concilio:

«La verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas... La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales los hombres se exponen mutuamente la verdad; para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse firmemente a ella con el asentimiento personal» (DH, 1 y 3).

Es aquí donde la labor de hombres clarividentes y audaces, la conciencia solidaria y lúcida del pueblo movilizado ejerce, contra los modelos establecidos, un papel incitador, logrando poco a poco que las nuevas aspiraciones ocupen la conciencia colectiva y sean hasta sancionadas oficialmente.

## LA ORIGINALIDAD DE LA CONCIENCIA MORAL CRISTIANA

Por paradójico que parezca, a nuestra sensibilidad occidental cristiana el mensaje de Jesús le puede resultar familiar, pero si se lo hace oír con radicalidad puede provocar un escándalo no menor que el provocado en la sociedad de su tiempo.

Familiar e intocable resultaba para los israelitas el código que regulaba su vida social y religiosa. Tenía, además, sus intérpretes y guardianes oficiales.

También entre nosotros hay pautas de moralidad, criterios prácticos de comportamiento que son comunes y contundentes. Y lo normal es que padres y

educadores, maestros y enseñantes no escapen a los dictados corrientes de esta moral establecida. Son servidores y garantes de un orden determinado. ¿Qué hemos hecho los moralistas en estos últimos tiempos? ¿A quiénes hemos servido? ¿Qué valores hemos propuesto? ¿Qué modelo de sociedad hemos defendido?

Dos serían, a mi juicio, los pilares sobre los que ha avanzado la educación de la conciencia cristiana en estos dos últimos siglos. El *primero* sobre el menosprecio del hombre. Menosprecio que se ha manifestado en recibir con recelo todo lo que suponían afirmación del hombre, sus valores naturales (razón, libertad, ciencia, progreso); en ofrecer resistencia a todo lo que supusiera cambio y evolución, transformación de la sociedad; en frenar y desaprobar las fuerzas y movimientos que protagonizaban los nuevos cambios. El *segundo* venía de más lejos y consistía en asumir como cristiana la estructura e ideología de una sociedad netamente burguesa. ¿Quién puede negar como válidos y operativos los principios que animan y configuran esta sociedad: egoísmo, avaricia, competencia, lucha de unos contra otros, triunfo del más fuerte, minoría poseedora de los bienes más importantes y repartidora de ellos según sus propios intereses, legitimación de la desigualdad, sacralización de la propiedad privada, etc.?

¿Cuántos cristianos se han puesto siquiera a dudar de si esta moral —presentada por sus autores y representantes como la moral cristiana— cumple los mínimos requisitos de la moral del Evangelio? Acaso lo más grave sea que estos mismos autores reclaman ser como desviados y traidores. No sé si muchos cristianos suscribirían, sin escandalizarse, juicios como éstos:

«Creo que el capitalismo es intrínsecamente malo: porque es el egoísmo socialmente institucionalizado, la idolatría pública del lucro por el lucro, el reconocimiento oficial de la explotación del hombre por el hombre, la esclavitud de los muchos al yugo del interés y la prosperidad de los pocos. Creo que hoy sólo se puede vivir sublevadamente. Y creo que sólo se puede ser cristiano siendo revolucionario, porque ya no basta con pretender reformar el mundo. Los providencialismos desencarnados, los neoliberalismos y neocapitalismos y ciertas neodemocracias y otros sosegados reformismos que mantienen, mienten o se mienten —cínicos o bobos— sirven únicamente para salvar el privilegio de los pocos privilegiados a costa de la productiva sumisión de los muchos muertos de hambre. Y, por eso mismo, me parecen objetivamente inicuos. Una cosa he entendido claramente con la vida: las derechas son reaccionarias por naturaleza, fanáticamente inmovilistas cuando se trata de salvar el propio tajo, solidariamente interesadas en aquel Orden que es el bien... la minoría de siempre» (P. Casaldáliga, *Yo creo en la justicia y en la esperanza*, DDB, Bilbao 1977, 179-181).

«Entre nosotros, la identidad cristiana está marcada no exclusivamente, pero sí fundamentalmente, por lo que llamaría la religión burguesa.

Nosotros sólo hemos tenido experiencia de una Iglesia que ha legitimado y apoyado los poderes estatales... La identidad cristiana en Europa no está amenazada por la pobreza o la opresión, sino por la riqueza y el consumismo. Por eso, el cristianismo entre nosotros ha decaído hasta ser una religión burguesa, y si eso no se supera, el cristianismo va a morir entre nosotros» (J. B. Metz, *La Iglesia en el proceso revolucionario de Nicaragua*, Informes CAV, julio 1981, Managua).

«El talante de los cristianos por el capitalismo es la gran herejía de nuestro tiempo, herejía tanto más peligrosa cuanto menos formulada y más larvada bajo formas de ortodoxia doctrinal. Es la versión moderna de la hipocresía de los escribas y fariseos que Jesús maldijo» (V. Codina, «Cristianos por el capitalismo», en *Sal Terrae*, agosto-septiembre 1978, 647).

Si los profetas denuncian que una de las maneras de apartarse de Yahvé, de ignorarlo y negarlo, es irse tras dioses extranjeros y desconocidos, es evidente que también en nuestra sociedad hay un radical apartamiento y negación de Dios. Y esto se llama ateísmo o idolatría.

Y si los profetas anuncian que no se está en el recto camino ni se está con Yahvé cuando no se practica la justicia, la misericordia y el amor, cuando se oprime a los pobres y humildes, por más cultos espléndidos que se hagan, por muchos holocaustos, ofrendas, inciensos y canciones que se tengan, resulta también evidente que, en nuestra sociedad, el camino del Evangelio está olvidado y trágica o groseramente degradado y manipulado.

¿Qué es lo que están haciendo a diario los ricos y poderosos «cristianos» de nuestra sociedad? Muy sencillo: defender sus intereses y lucros, asegurar sus privilegios y ventajas, afirmar como natural la división de una sociedad en clases, aumentar sus riquezas a base de la sangre y el sudor del pueblo, mantener su papel hegemónico desde el poder, no renunciar a tener a la mayoría como dominados y explotados.

Para justificar y proteger estos sus dioses —son los ídolos frente al Dios verdadero— se presentan como los verdaderos defensores de Dios, de la Iglesia y de la Religión. Para lo cual, no confrontan su comportamiento con el Evangelio (donde se dice que los ricos son malditos, que no es posible servir a Dios y a la riqueza —porque la riqueza es ídolo del que su poseedor cuelga el corazón y hace de ella su centro y consolidación—, que es más fácil que un caballo entre por el agujero de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios, que los ricos no harán caso ni siquiera a un muerto resucitado), ni admiten una religión que tenga como base y sujeto el pueblo y que, conforme con el plan de Dios, quiere acabar con la desigualdad, la injusticia y la explotación. Pero, sí que pretenden acercarse a la Iglesia, a los representantes de la religión, para declararse amigos suyos, construirles iglesias, invitarles a sus banquetes, obtener su bendición y así legiti-

marse ante el pueblo como religiosos y defensores de Dios y de los grandes valores humanos y sociales. Y, desde ahí, en encubierto maridaje, hacer campaña contra la Iglesia que nace del pueblo, desacreditar la teología de la liberación, tachándolas de antijerárquicas y marxistas.

Ya Jesús tuvo que sufrir estas calumnias y advertir a sus seguidores: «Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios» (Jn 16,2).

Con toda razón, escribe J. Pohier:

«Cuando los cristianos se preguntan en qué podría estar la originalidad de la formación moral cristiana, no deben olvidar que Jesús no ha sido el único al que condenaron por blasfemo e inmoral las autoridades religiosas y civiles de su tiempo; también otros dieron su vida para que germinara el don de que eran portadores. Pero los cristianos pueden estar seguros de que su forma de contribuir a la formación moral no podrá ser calificada de cristiana a menos que se comporten de manera social y religiosamente tan escandalosa como lo hizo Jesús cuando, por una parte, cenaba con meretrices y, por otra, cuando predicaba en la montaña —cosa aún más escandalosa en aquellos tiempos—, y haciendo, en definitiva, lo uno y lo otro por una sola y misma razón, una razón que, hoy como ayer, resulta aún más escandalosa que lo uno y lo otro.» (*¿Predicar en la montaña o cenar con meretrices?*, «Concilium», diciembre 1977, 494-495).

Si Jesús no se conforma con la ley establecida, sino que, con autoridad, la enmienda y supera y, según los casos, la suprime; si El, contra lo que era costumbre y norma, afirma que los más excluidos de la sociedad tienen derecho a Dios y son sus amigos y preferidos; si rompe todas las castas y discriminaciones que, incluso en nombre de Dios, eran admitidas y respetadas; si establece como camino inequívoco para llegar a Dios el amor al prójimo y al prójimo más desvalido y menospreciado; si declara la absoluta igualdad entre los seres humanos como hermanos; si... proclama y hace estas y otras cosas, está claro que este hombre se salta las normas morales y socioeconómicas establecidas, desafía a los que se benefician de ellas, engendran una esperanza en los sometidos y despreciados, es decir, propone una subversión y, por todo ello, resulta inmoral, blasfemo y debe morir.

La formación de la conciencia cristiana no tiene más apoyo y referencia que el Evangelio. En este sentido, urge, como tarea constante, volver al Evangelio para descubrir el género de vida de Jesús, lo que El propone como imprescindible para el que quiere ser seguidor suyo. Este retorno al Evangelio significa confrontación constante con nuestra vida de hoy, con nuestras normas y costumbres, seguros de que muchas de ellas, por muy seguras e intocables que aparezcan, necesitan un cambio, un cambio pro-

fundo y que, por muchos, ha de ser visto necesariamente como un escándalo. Concluyo con estas palabras de Pohier:

«Ocuparse hoy de la moral o de la formación moral no es algo que pueda hacerse de manera que merezca llamarse verdaderamente cristiana y referirse a la persona que fue Jesús si no es a condición de que se haga algo que, en nuestro mundo civil, social y religioso de hoy, equivalga a lo que fue la extraordinaria e inverosímil transgresión moral que realizó Jesús en el terreno de las categorías civiles, sociales y religiosas que entonces servían para dictaminar quién tenía derecho y quién no tenía derecho a Dios, ya que servían para establecer quién era bueno y quién era malo... Las divisiones engendradas por nuestras sociedades, nuestros sistemas económicos, culturales, morales y religiosos ya no son las que se daban en su tiempo. Lo que nos corresponde, si pretendemos ser cristianos, es hacer con respecto a nuestras divisiones lo que El hizo con respecto a las suyas» (J. Pohier, *Idem*, p. 499).